

Homilias Domingo 29 (Ciclo B)

+ Lectura del Santo Evangelio según San Marcos.

En aquel tiempo se acercaron a Jesús los hijos de Zebedeo, Santiago y Juan, y le dijeron:

- Maestro, queremos que hagas lo que te vamos a pedir.

Les preguntó:

- ¿Qué queréis que haga por vosotros?

Contestaron.

- Concédenos sentarnos en tu gloria uno a tu derecha y otro a tu izquierda.

Jesús replicó:

- No sabéis lo que pedís, ¿sois capaces de beber el cáliz que yo he de beber, o de bautizaros con el bautismo con que yo me voy a bautizar?

Contestaron:

- Lo somos.

Jesús les dijo:

- El cáliz que yo voy a beber lo beberéis, y os bautizaréis con el bautismo con que yo me voy a bautizar, pero el sentarse a mi derecha o a mi izquierda no me toca a mí concederlo; está ya reservado.

Los otros diez, al oír aquello, se indignaron contra Santiago y Juan.

Jesús, reuniéndolos, les dijo.

- Sabéis que los que son reconocidos jefes de los pueblos los tiranizan, y que los grandes los oprimen. Vosotros nada de eso: el que quiera ser grande, sea vuestro servidor; y el que quiera ser primero, sea esclavo de todos. Porque el Hijo del hombre no ha venido para que le sirvan, sino para servir y dar su vida en rescate por todos.

Palabra del Señor

Hay bondad en el corazón humano...

Quien sólo lee las revistas del corazón creerá que el matrimonio es sólo el primer paso para el divorcio y que sólo existe la pasión y no el amor verdadero. Sin embargo, la realidad es que hay muchos esposos capaces de grandes sacrificios el uno, por el otro y por los hijos.

En una noche de ventisca queda un coche atascado.

Dentro viajaba un matrimonio con un hijo pequeño. Ante el retraso los familiares salen a buscarlos. Encuentran al marido sin abrigo, muerto, y a la mujer con su abrigo y el de su esposo, viva, con los brazos tan helados, que tienen que cortárselos. Rodeaba con ellos al niño para darle calor.

El niño, sano y salvo, abrigado como en su cunita. Ninguno de los dos esposos había pensado en sí mismo.

Hay muchos matrimonios ejemplares, capaces de darles una educación cristiana a sus hijos. ¡y qué importante es esto! Por falta de una educación cristiana de los niños se explican muchas cosas. Esa falta de educación cristiana, a medida que van avanzando en edad, puede ser muy grave para ellos y para los demás.

No me extraña que el hijo del coronel médico, Antonio Muñoz, asesinado por ETA, dijera ante las cámaras de televisión: «Esos asesinos con cuatro años serían mis amigos, ya con diez probablemente me escupirían a la cara, y con veinte le han pegado tres tiros a mi padre».

Alguien ha dicho: «Quien escribe en el alma de un niño escribe para siempre». Es decir, que lo que se enseña a un niño para bien o para mal ahí queda para siempre. Cuando se leen los periódicos tenemos la impresión de que el mundo es malo y de que nada se puede hacer. Sin embargo, hasta en las personas que parecen malas existe un fondo de bondad.

Un individuo es un delincuente. Pues bien, habla con él de su madre, de sus hijos, de su pasatiempo favorito y verás cómo se vuelve amable.

Al desconocido que atraviesa la calle pídele fuego para un cigarrillo y él se apresurará a atender esa petición.

Tal vez te perdiste en una ciudad. Seguro que el primer transeúnte que pasó te dio gustoso las indicaciones necesarias para encontrar el camino.

Esa misma bondad se ve en la gente cuando sucede un accidente o una desgracia.

Sí, realmente hay bondad en el corazón humano. Al fin y al cabo, en lo más hondo del hombre está grabada la imagen de Dios. Lo que pasa es que esta imagen está envuelta en egoísmos.

En vez de ser egoístas hagamos el bien, sirviendo a los demás, incluso sin esperar de ellos nada a cambio.

Según el Evangelio de hoy, Cristo vino al mundo a servir. Él sirvió luchando contra los males que afligían a los demás, incluso sabiendo que lo iban a matar. Y nosotros, si queremos ser buenos cristianos, hemos de luchar en la medida de nuestras posibilidades contra los males que afligen a nuestro prójimo.

Santiago y Juan querían los primeros puestos, ser los primeros, pero según Jesús, el primero es el que por amor se hace esclavo de todos. El mismo nos dio ejemplo. Un día se arrodilla ante sus discípulos y les lava los pies, incluso a Judas: un trabajo que en aquel tiempo hacían los esclavos. Y nos sirvió a todos hasta tal punto que, para enseñarnos el camino de la verdadera vida, no dio marcha atrás ni ante la muerte de cruz.

(B)

Estar a su derecha...

¡Cómo nos tienta la gloria, el poder, el reconocimiento!: que me valoren por mis capacidades, por mi trabajo, por mi carácter, incluso por mi servicio al prójimo.

Santiago y Juan no sabían lo que pedían, pero nosotros, 2000 años después y conociendo el pago a Jesús por sus servicios y su postura de entrega, seguimos sin entender lo que supone “**estar a su derecha**” en gloria y poder; como el buen ladrón, así si.

Es difícil escapar a la tan humana satisfacción del reconocimiento; quizá nuestro pobre equilibrio psicológico necesita de vez en cuando recargar las pilas de la autoestima para mantenernos en medio de la vorágine emocional de la vida. Pero desde nuestro ser cristiano hay algo más.

“El que quiera ser grande, sea vuestro servidor; y el que quiera ser primero, sea esclavo de todos”

Servir y ser esclavo conlleva sufrimiento y sinsabores. No se limita a acudir dos días por semana a una residencia, ni a colaborar con Cáritas, ni a ejercer un voluntariado comprometido a tiempo parcial. Todo eso está muy bien y es necesario, pero nuestro “servir” debe ser constante y continuo, en el día a día, en la familia, el trabajo, el descanso... Jesús no era “el Señor” a tiempo parcial, sino que vivía cotidianamente su entrega a todos y en todo momento. He aquí la dificultad y la cruz.

Es más o menos sencillo acallar nuestra conciencia cristiana con una pequeña dedicación a quehaceres piadosos que nos hacen sentir “ganado” el derecho a estar a su lado en el trono de la gloria. ¿No es acaso eso lo dice él: el que sea el último, el servidor de todo, será el primero?

No nos engañemos, ¿estamos preparados para “beber su cáliz” y “bautizarnos con su mismo bautismo”? Todo esto implica insatisfacción, incompreensión, soledad, silencio, tristeza, angustia, dolor, sufrimiento y cruz.

“Santiago y Juan hablan en clave de poder; Jesús, en clave de Gólgota, donde a la derecha y a la izquierda de Jesús habrá definitivamente dos personas designadas por Pilato.”

Todo aquel que sirve y se entrega con alegría y desde el amor en Cristo Jesús sabe de la cruz que conlleva personalmente este servicio; que se lo pregunten a los misioneros, a los sanitarios, a los docentes, a los que trabajan por una persona con discapacidad, a los padres y madres del mundo que luchan por sus hijos, a mi tía con su marido enfermo de alzhéimer... y tantas y tantas personas anónimas que entregan su vida a servir.

Otro tema, y no menos importante, es la osadía (o más bien ignorancia) de pensar que por nuestros méritos podemos “ganarnos algo”. Jesús les dice a Juan y Santiago que sentarse a su lado no es algo que “me toca a mí concederlo”. Si ni el mismísimo Cristo puede decidir eso ¿podremos nosotros o nuestros méritos? Menos mal que no. Sólo el Amor con mayúsculas es quien nos eleva a esa gloria de su presencia por los méritos de su Hijo, y por su gran misericordia. Nuestros actos jamás serán ocasión de mérito sino fruto del amor de Dios en nosotros.

“Ama y haz lo que quieras” como decía San Agustín. Pues el auténtico amor nos lleva al servicio sin condiciones.

Pidamos el don del amor con todas nuestras fuerzas y dejemos obrar al Señor en nosotros.

(C)

Santiago y Juan...

Santiago y Juan se acercan a Jesús con una petición extraña: ocupar los puestos de honor junto a él. «*No saben lo que piden*». Así les dice Jesús. No han entendido nada de su proyecto al servicio del reino de Dios y su justicia. No piensan en «*seguirle*», sino en «*sentarse*» en los primeros puestos.

Al ver su postura, los otros diez «*se indignan*». También ellos alimentan sueños ambiciosos. Todos buscan obtener algún poder, honor o prestigio. La escena es escandalosa. ¿Cómo se puede acoger a un Dios Padre y trabajar por un mundo más fraterno con un grupo de discípulos animados por este espíritu?

El pensamiento de Jesús es claro. «*No ha de ser así*». Hay que ir exactamente en la dirección opuesta. Hay que arrancar de su movimiento de seguidores esa «enfermedad» del poder que todos conocen en el imperio de Tiberio y el gobierno de Antipas. Un poder que no hace sino «*tiranizar*» y «*oprimir*».

Entre los suyos no ha de existir esa jerarquía de poder. Nadie está por encima de los demás. No hay amos ni dueños. La parroquia no es del párroco. La Iglesia no es de los obispos y cardenales. El pueblo no es de los teólogos. El que quiera ser grande, que se ponga a servir a todos.

El verdadero modelo es Jesús. No gobierna, no impone, no domina ni controla. No ambiciona ningún poder. No se arroga títulos honoríficos. No busca su propio interés. Lo suyo es «*servir*» y «*dar la vida*». Por eso es el primero y más grande.

Necesitamos en la Iglesia cristianos dispuestos a gastar su vida por el proyecto de Jesús, no por otros intereses. Creyentes sin ambiciones personales, que trabajen de manera callada por un mundo más humano y una iglesia más evangélica. Seguidores de Jesús que «*se impongan*» por la calidad de su vida de servicio.

Padres que se desviven por sus hijos, educadores entregados día a día a su difícil tarea, hombres y mujeres que han hecho de su vida un servicio a los necesitados. Son lo mejor que tenemos en la Iglesia. Los más «grandes» a los ojos de Jesús.

(D)

El que quiera ser grande

Lo más importante en la vida no es tener éxito, y superar a los demás. Lo verdaderamente decisivo es ser auténtico y saber crecer como ser humano.

Sin embargo, con frecuencia, nos equivocamos desde el punto de partida. Creemos que para afirmar nuestra propia vida y asegurar nuestra pequeña felicidad y libertad, debemos necesariamente dominar a los demás,

Insatisfechos por no tener siempre todo lo que queremos, temerosos de perder felicidad, queremos asegurarnos frente a todo y frente a todos, tratando de dominar la situación desde una posición de superioridad y de poder sobre los otros.

Y así, tratamos de manipular de mil maneras a quienes son más débiles que nosotros, esforzándonos por mantenerlos al servicio de nuestras expectativas e intereses.

Basta observar con cierto detenimiento las relaciones que se establecen entre jefes y subordinados, entre poderosos y económicamente débiles, entre profesores y alumnos, esposos y esposas.

Se diría que no acertamos a crecer y ser algo, sí no es manipulando, dominando y oprimiendo a los demás. Y sin embargo según psicólogos actuales, este camino es propio de neuróticos. En palabras de F. Peris, «neurótico es todo hombre que usa su potencial para manipular a los demás en vez de crecer él mismo».

Este deseo de ser grandes dominando a los demás, no proviene de la fuerza que uno posee, sino precisamente de la debilidad y el vacío personal. Es un intento equivocado de conseguir por la fuerza lo que uno no sabe vivir desde la propia libertad y capacidad de amar.

Lo importante es darnos cuenta de que existen otros caminos para encauzar de nuevo nuestra vida y ser auténticamente grandes.

Según Jesús, el que quiera ser grande, tiene que renunciar a su deseo de poder sobre los demás y aprender sencillamente a servir desde un postura de amor fraterno.

Los que aciertan a vivir desde la generosidad, el servicio y la solidaridad son personas que irradian una autoridad única. No necesitan amenazar, manipular, sobornar ni adular. Son hombres y mujeres que nos atraen por su generosidad y nobleza de vida.

En su existencia resplandece la grandeza del mismo Jesús que «no vino a ser servido, sino a servir y dar su vida en rescate por todos». Su vida es grande precisamente porque saben darla.

(E)

Dar la vida

Marcos recoge en su evangelio unas palabras con las que Jesús resume el sentido último de su vida. "El Hijo del Hombre no ha venido para que le sirvan, sino para servir y dar la vida en rescate por todos".

Normalmente, al escuchar estas palabras, los cristianos solemos pensar en el sacrificio último realizado por Jesús en lo alto de la cruz, olvidando que toda su vida fue entrega y servicio.

En realidad, la muerte de Jesús no fue sino la culminación de un "desvivirse" constante a lo largo de los años. Día tras día, fue entregando sus fuerzas, su juventud, sus energías, su tiempo, su esperanza, su amor. La entrega final fue el mejor sello a una vida de servicio total a los hombres.

Los cristianos somos pues seguidores de alguien que ha dado su vida por los demás. Esto no significa necesariamente que tendremos que sacrificar nuestra vida para salvar la de otro, pero sí que tenemos que entender nuestro vivir diario como un servicio y don a los demás.

Lo más precioso que tenemos y lo más grande que podemos dar es nuestra propia vida. Poder dar lo que está vivo en nosotros.

Nuestra alegría, nuestra fe, nuestra ternura, nuestra confianza, la esperanza que nos sostiene y nos anima desde dentro.

Dar así la vida es siempre un gesto que enriquece, que ayuda a vivir, que crea vida en los demás, que rescata, libera y salva a las personas.

Tal vez éste sea el secreto más importante de la vida y el más ignorado. Vivimos intensamente la vida sólo cuando la regalamos. Sólo se puede vivir cuando se hace vivir a otros.

Cuántas personas terminan por no saber qué hacer con sus vidas. Han trabajado incansablemente, han logrado casi todo lo que se han propuesto, han alcanzado éxito allí donde lo han buscado, pero no saben lo que es dar la vida.

Su existencia sólo ha sido acaparar, acumular, competir, dominar.

Pero no entienden nada de lo que es dar y por lo tanto, nada saben de enriquecer, liberar, rescatar y salvar la vida de los demás.

Encontrarán en la vida satisfacciones, halagos, éxitos. Pero nunca podrán experimentar el gozo y la dicha que se encierra siempre en la vida de aquellos que, sin haber logrado grandes cosas en la vida, han sabido darla sencillamente en una actitud de servicio y ayuda generosa y desinteresada.

(F)

¿QUIEN DECIDE MI VIDA?

No es fácil responder a esta pregunta. Y no solo porque hemos de contar con ese mundo de fuerzas inconscientes que influyen en nuestras decisiones o porque actuamos muy condicionados por el aprendizaje familiar o social, sino porque vivimos sutilmente programados desde fuera.

Nuestra vida la quieren decidir hoy desde el mercado; la sociedad de consumo necesita saber, no quiénes somos, sino

qué vamos a consumir, el dinero del que vamos a disponer, las nuevas necesidades que se han de despertar en nosotros. Desde una perspectiva mercantilista lo que importa es si yo seré un buen consumidor, no una persona digna.

La publicidad, por su parte, pretende marcar qué intereses hemos de tener y hacia dónde hemos de dirigir nuestros gustos y apetencias. Y de la misma manera que la moda decide cómo hemos de vestir, las corrientes culturales nos dictan cómo hemos de pensar, qué hemos de sentir y amar o cómo hemos de valorar los diversos aspectos de la vida.

Al mismo tiempo, cada uno se esfuerza por cumplir lo mejor posible su rol para funcionar ágilmente en esta sociedad. Y uno aprende a ser un buen vendedor, un empleado eficaz o un profesor estimado, aunque su verdadera personalidad se diluya detrás de una máscara.

Es difícil no dejarse vivir desde fuera. Pero el camino de una maduración personal no es aceptar como criterio algo tan postmoderno como el «me apetece» o «me gusta»; ésa puede ser la manera más ingenua de abandonarse al zarandeo de cualquier moda cambiante. Lo más importante es plantearse desde dónde quiero vivir, a quién o a qué le doy poder para decidir mi vida.

«Escoger mi vida» exige acertar con un hilo conductor que oriente de manera más o menos consciente mis decisiones y mi actuación. Y es aquí donde la fe cristiana puede tener un lugar decisivo para elegir un estilo acertado de vivir.

La tarea, sin embargo, no es sencilla pues cuando Jesús explica cómo entiende y vive su vida y la ofrece como modelo a sus discípulos, dice estas sorprendentes palabras: «El Hijo del Hombre no ha venido para que le sirvan, sino para servir y dar su vida en rescate de muchos.» Según Jesús, la vida se entiende y se vive en su verdadero contenido humano cuando uno se entrega, no a competir, producir, ganar o dar imagen, sino a algo tan poco «normal» y «presentable» en nuestra sociedad como es servir, ayudar, compartir.

Hay muchos estilos de vivir. Desde el que dice «mi vida es mía y solo mía» hasta el que decide darla de mil formas poniéndola al servicio de los demás. Para el cristiano solo ésta es la manera acertada de vivir.

P. Juan Jáuregui Castelo